

CAPÍTULO I

Quien puso a Roberto tras la pista del manuscrito Nomentum fue un sacerdote de la Compañía de Jesús, de cuya existencia no tenía noticia; dato este que, a decir verdad, carecía de importancia, pues, en virtud de la historia que tuvo a bien contarle, tanto daba que se tratara de un amigo íntimo como de alguien a quien ni siquiera conocía de vista, como era el caso. La cosa, bien mirado, sucedió de la manera más normal, como todo en esta vida; eso al menos era lo que pensaba Roberto, como el común de los mortales, que, hasta romperse la crisma o verse en la calle con lo puesto y sin un euro a causa de su mala cabeza, no cae en la cuenta de que las cosas rara vez ocurren porque sí, ni, a la postre, para bien, siendo pasto de los piojos y de las alimañas, plaga la segunda cuyos individuos se multiplican con extraordinaria facilidad y, al contrario que la primera, menos virulenta y peligrosa, no hay modo de erradicar. Harto, en fin, de servir a intereses que nada tienen que ver con el oficio de periodista, cuyo ejercicio pudo con él, tanto tragar sapos y culebras, un buen día, que casualmente se levantó con el pie derecho según propias palabras, Roberto decidió descolgar el título de la pared, guardarlo en el cajón del olvido y dedicarse a otros menesteres que no pusieran en peligro su salud.

—La profesión no tiene nada de indigna, al contrario, por eso decidí matricularme en la Facultad. Es el país (perdón, España, no sea que nos esté oyendo algún vecino y se ofenda por decir país sin más, que hasta ese punto llega la estupidez de algunas personas): la herencia recibida, el sol, la paella, el vino, los toros, el Cristo de los Milagros, hasta el gorro de nosotros... Ello, o lo que fuere, que vaya

usted a saber, ha traído consigo tal grado de envilecimiento, que la falta de ética, de moral, de conciencia, y aun de humanidad, añado, que reina entre nosotros, carece de precedentes en la historia de España. Antes era tal el desprecio de la sociedad por el villano, que este no lo podía soportar y acababa suicidándose, descubierta la villanía; hoy, en cambio, no solo se le tolera, sino que, para mayor inri, se le aplaude, o se le defiende y se le vota, como prefieras. La suerte del mangante («¡Muerde, viejo!», como diría un amigo de la infancia, malagueño para más señas) despierta incluso envidia. «¡Bien hecho! Yo, en su lugar, hacía otro tanto y no dejaba un euro en la caja», estamos hartos de escuchar. O bien, replicando al anterior: «Pues un servidor no dejaba ni la caja, que algo me darían por ella en la chata-rería, ¡digo yo!». De resultas de lo cual, el pesebre, en el periodismo, como en la política, que en buena medida lo sustenta, es tal, que no hay estómago que lo resista; el mío ha dicho basta, y lo dejo —contaba, una vez que puso al corriente de su resolución a Paula, a la que un buen día se le ocurrió decirle que le gustaba más que mojar pan en la salsa, y la cosa acabó en boda—. Lo dejo, sí; renuncio, ahueco, dimito, me la piro, me esfumo, me abro, desaparezco... Ya, sin dejar pasar un solo día, y mucho menos un tiempo, con la esperanza de que la cosa cambie; justo lo que decía mi abuelo en tiempos de Franco: «Voy a aguantar un poquitín más, a ver si varía el panorama». Y ya sabes el final: mi abuelo criando malvas, al cabo de los años, y Franco, tan ancho y tan pancho, cazando perdices —continuó, después de concederse una pausa—. Ahora no estamos en vísperas de elecciones ni hay que defender a capa y espada lo indefendible, como nuestra participación en la guerra de Irak, o culpar de tal o cual masacre al que nos interesa culpar, a sabiendas de que no ha sido. ¿Y qué? Todo sigue igual. Gubierne quien gobierne, no hay nada que hacer; sencillamente, porque tanto da —porfíó—. Y que yo de cotilla tengo lo que de cura y me importan un bledo los cuernos que lucen unos y otros y la madre que los parió, que sería la alternativa; cosa de la que abomino también, según te consta —aún añadió.

—Cada vez que lo recuerdo me mondo de risa —dijo Paula después de escuchar atentamente al marido.

—¿El qué? —preguntó Roberto, tan ajeno.

—¿Qué va a ser, bobo? —respondió la mujer—. Cuando me soltaste aquello de que te gustaba más que mojar pan en la salsa.

«Pero, chico, ¿de qué quinta eres tú? La última vez que a alguien se le ocurrió decir tal simpleza, el Cid ni siquiera sabía montar a caballo», contesté yo, muerta de risa. «El año del pedo, o sea», respondiste tú, más corrido que una mona, y... ¡Madre mía, cómo me enamoré de ti! Llegué a quererte tanto, que no concebía la vida sin compartirla contigo. Exactamente lo que me pasa ahora. Sin embargo...

—Sin embargo... —repitió en vano Roberto, animándola a proseguir y romper el silencio que súbitamente observó Paula—. Yo es que no sabía cómo hincarle el diente a la cosa esa de cortejar a una niña o ligármela; que estaba pez, más verde que una lechuga. Como nunca tuve más novia que tú, ni me interesó ninguna otra chica, pues, la verdad, cero patata, ni puñetera idea, como te lo cuento. Primero pensé decirte que me gustabas más que comer con los dedos; después, descartado lo anterior, que me gustabas más que el arroz con leche... Todo, ahora que caigo, ¡fíjate tú!, relacionado con la comida, no sé por qué. Como no sea porque estabas para comerte, no me lo explico, porque yo de glotón tengo bien poco, ya lo sabes —dijo Roberto, dado que Paula permanecía en sus trece y no abría la boca—. Entonces, cuando por fin me decidí y te dije la tontería que te dije, de las tres precisamente la menos afortunada, es verdad que me gustabas, y no poco, pero quererte, quererte, lo que se dice quererte a rabiar, como te quiero, hasta el punto de no poder vivir sin ti y pasar por lo que haya que pasar con tal de no perderte, no te quise sino cinco minutos más tarde, cuando me dedicaste aquella mirada, que cada vez que clavas tus ojos en mí me dedicas desde entonces, la misma que ahora no observo y tanto me inquieta.

—Es cierto —habló por fin Paula, tomando entre las suyas las manos de Roberto—. No es la misma mirada —corroboró, dibujándose en sus labios una media sonrisa—. ¿Y sabes por qué? —preguntó acto seguido. Y antes de que Roberto pudiera decir nada, añadió—: Porque no es amor lo que lees en ella, como estás acostumbrado a leer. Lo que mis ojos están gritando, que no sé expresar y por eso callo, es otra cosa: admiración, orgullo, confianza, apoyo, moral, valor, fe... Todo eso y más, que no sé expresar, como te digo, es lo que lees en ellos, porque eso, pilares también del amor, al que fortalecen y otorgan mayor consistencia, es de lo que ahora mismo estoy henchida y rebosa mi corazón. Siempre te he querido más que a mi propia vida, bien lo sabes, y ninguna mujer fue nunca tan dichosa al lado de

un hombre como lo soy yo a tu lado. De ahí, precisamente, lo de «sin embargo», porque no quiero que nada ni nadie venga a perturbar la felicidad de la que gozamos, y la decepción y la pena que llevas pintadas en el rostro, como corresponde cuando aquello que tanto amamos nos defrauda hasta el punto de tener que renunciar a ello, miedo me da que no se borren cuanto antes y se interponga entre nosotros. Así pues, quítate de la cabeza cualquier sombra de duda o preocupación y pongámonos a planificar el nuevo futuro que nos aguarda. La decisión que acabas de tomar, no solo la comparto y apoyo sin reservas, sino que me extraña que hayas tardado tanto en tomarla. Una persona con el nivel de conciencia adquirido por ti, ¿qué pinta en un periódico, en la radio o en la televisión? La verdad no habita en las regiones celestes por capricho; la mentira, en cambio, estableció su reino en la tierra a requerimiento de sus moradores, entre los que reina a sus anchas y sin oposición, y perdóname la memez, el desatino, la perogrullada, el despropósito, la chorrada, la pedantería, o como quieras llamar a esto último, pero, chico, si no lo digo, reviento.

—¡Poco bien que te ha quedado! Ni Ordóñez remató de manera tan magistral la mejor faena de su dilatada y brillante carrera —aprobó Roberto, feliz como nadie, y con razón, tras borrar de su cara cualquier otro signo, como los mencionados por Paula, con cuyo aliento más pronto se fueron difuminando, hasta desvanecerse del todo—. Lo que no te perdono es que sin más demora no nos metamos en la cama y hagamos todas las marranadas que se nos ocurran y más, hasta que nos sorprenda la aurora o nos dé un síncope —concluyó, no sin sorna.

Y, la noche envolviéndolo todo con su manto bordado de estrellas, minutos más tarde estaban follando como descosidos. Al pan, pan, y al vino, vino, nada de eufemismos ni de mojigaterías. Y al que le pique, que se rasque. Y si la cosa chirría, teniendo en cuenta la ternura que destila la escena anterior, que chirrie. Pero lo cierto y verdad es que la pareja, cuando aterrizó en la cama y puso manos a la obra, ya llevaba adelantado un trecho no menor; dos hiladas, para ser exactos: una, que despachó en el salón, escenario de la conversación, en cuanto acabó esta, que se comían a besos, y otra donde se come de forma frugal y apresurada, que, lógicamente, fue visto y no visto; en la cocina, o sea: lugar elegido para reponer fuerzas, y donde antes de probar bocado, ya estaban ambos a *bocao* limpio.

«¡Qué noche, colega!», recalcaba mentalmente Roberto cada vez que la rememoraba. «¡Inolvidable!», porfiaba no por gusto, sino con sumo gusto, dado que hasta el amanecer, que Paula tenía que cumplir con sus obligaciones de médico, en el hospital, no dieron de mano, o *plegaron*, como dicen los catalanes. Claro, que, como la noche es larga y el trabajo agota, no solo se dedicaron a poner ladrillos y más ladrillos. Entre hilada e hilada, Paula quiso saber las razones por las que Roberto decía que aquel día se había levantado con el pie derecho, al margen de la conclusión, que había sido la guinda, y este no tardó en satisfacer su curiosidad.

—Te cuento —le dijo al oído, estando, como estaban, desnudos y abrazados—. Esta mañana, en cuanto me levanté, me encerré en el cuarto de baño y puse los telegramas de rigor sin que nadie me molestara: una raya en el agua, porque raro es el día que no suena el teléfono móvil o el fijo cuando estoy sentado en el trono despachando asunto tan particular, que ya ni cagar a gusto se puede, con tanta tecnología, ¡joder! Luego, en la ducha... No te rías, que la cosa no tiene gracia; al revés, cuando te pasa, no hay cosa más trágica, sobre todo cuando estás esperando una llamada importante y suena el teléfono en ese preciso momento. ¿Qué hago? ¿Lo cojo o no lo cojo? ¿Y cómo lo cojo? ¿Y cómo no lo cojo? ¡Menudo dilema! Y cuando finalmente descuelgas, porque, con el ataque de nervios que te entra y la preocupación, se le quitan a uno las ganas de todo, y te sale una señorita ofreciéndote tal o cual tarjeta, por mor de las cuales en breve tendremos que jubilar a la mariconera y tirar de una maleta, lo que te pasa por la cabeza no es para contarle porque da susto. Y luego, claro, todo el santo día amargado y con cara de estreñido, porque como somos animales de costumbres y la costumbre principal te la han chafado ese día, tú dirás —contó muy serio, dado que la cosa no era para menos, si bien Paula no podía aguantar la risa y se tronchaba—. En la ducha, cursados los telegramas a Fulanito, Menganito y Zutanito sin ningún contratiempo —prosiguió, con la misma gravedad—, tuve la fortuna de que la bombona de gas butano no me jugara ninguna mala pasada; la última, acuérdate, poco más y te quedas viuda. ¡Menudo aterrizaje hice por los pasillos! El batacazo fue de los que no se olvidan en mil años. Desde entonces, cuando se agota y me pillan en la ducha, que yo no sé por qué regla de tres siempre se agota el gas que contiene la bombona cuando estoy duchándome y emborrizado

en jabón, lo que hago es jorobarme y abreviar, que el agua fría nunca mató a nadie, que yo sepa; un castañazo como el que sufrí por sibirita, si no te deja para el arrastre o sin dientes, joroba un taco más, te lo aseguro.

—Lo que me cuentas, como muy bien sabes, no tiene nada de particular, le pasa a todo el mundo. Cuando le dije a Consuelo, la asistenta, por sacarla de su error, que era la Ley de Murphy, ¿sabes lo que me contestó? «¿Y cómo los políticos no hacen algo útil y la derogan?», como lo oyes —dijo Paula, y ahora el que se mondaba era el marido.

—¡Qué Consuelo esta! ¡Las cosas que se le ocurren! Yo disfruto conversando con ella como con nadie, créeme —comentó al cabo Roberto.

—Te creo, porque a mí me sucede otro tanto. Continúa —dijo Paula.

—Luego —añadió Roberto—, cuando abandoné el piso, tuve la fortuna de no cruzarme con ningún vecino, que ya sabes cómo se las gastan. «Vecino, esto», «vecino, aquello», «vecino, lo otro»... ¡Qué coñazo! Otro título que quemaría con gusto, por razones bien distintas como comprenderás, sería el de administrador de fincas, oficio de ladrones por excelencia, según todos. Al que tenemos actualmente, menos del cambio climático, le acusan de todo. Ayer mismo, razonando con el vecino del quinto, decía yo: «Pero, vamos a ver, Pepe, ¿qué tiene que ver el callo que te ha salido en el dedo gordo del pie con el administrador?». Y él, echando chispas: «¡Pues sí, pues sí, pues sí! Suya es la culpa, tanto ir y venir al despacho para que me aclare ciertas cuentas que no me cuadran». ¡La repera! Mañana, por cierto, cualquiera es el guapo que asoma la nariz por la puerta. «¡Vecino, qué mala cara tenemos hoy!», dirá tal. «¡Yo sé de alguien que se va a quedar en el chasis!», comentará cual, hasta desgañitarse, para que me empape. «¡Anoche no había quien pegara ojo en la comunidad, a cuenta de la juerguecita que se corrieron algunos!», me tocará escuchar asimismo, seguro. Y por supuesto: «¡Yo creía que los médicos y los periodistas eran personas decentes!». Salvo Pepe, que, como me lo tropiece, me espeta: «Vecino, la próxima vez que se desvele, en vez de pasarse toda la santa noche viendo películas porno, a ver si escribe un artículo contando lo que está pasando y metemos en la cárcel al administrador». Tú riéte, pero, lo que es yo, temiéndole estoy a lo

que me espera —decía con gesto preocupado, mientras que Paula no podía más de risa—. Resumiendo, que el cuerpo me pide guerra, y ya mismo estamos librando otra batalla. En la calle, ningún tropiezo, salvo las miradas asesinas que te echan algunos, cuyas caras no te suenan de nada. «¿Le debo algo, amigo?», te dan ganas de preguntarle a más de uno. Ídem de ídem, por lo que respecta al tráfico y a la hora de aparcar, cuando normalmente tienes que dar más vueltas que un trompo o dejar el coche en Alcaracejo. Para colmo de bendiciones, hoy no he tenido que hacer ninguna gestión en el banco ni en ningún organismo público, donde, como no te armes de paciencia, lo tienes crudo; la bilis acaba saliéndote por las orejas. Y como remate, de vuelta al hogar, voy a recoger la correspondencia, como de costumbre, y me encuentro con que en el buzón, que cualquier día te lo revientan, con tanta cartita inútil y tanta publicidad, por no haber, no hay ni polvo. «¡Coño!, ¿me habré muerto y no me he enterado?», me dije asustado. ¡Tanto me impresionó esto último, fíjate! Para mí que el portero se ha tomado demasiado a pecho lo de andar diciéndole a cada momento: «Ojo, Basilio, que con tanto chorizo y tanto maleante como se nos ha colado en España, por si no bastara con los de aquí, la cosa está chungu, chungu, y no hay que fiarse de nadie». Ayer quería que le compráramos una pistola, y hoy, vecino que haya olvidado las llaves, vecino que duerme en el coche o en el hotel, estoy convencido. Entrar por la puerta, lo que es hoy, no ha entrado ni el sol, eso te lo garantizo; el cartero y demás, por descontado. Tú dirás si tengo o no tengo motivos para decir lo que digo y dar gracias al cielo por premiarme con un día como el presente, que eso es lo que parece: un premio, y gordo. Y es que los seres humanos nos hemos complicado hasta tal punto la vida, que un día como el de hoy, que debería ser lo normal, parece un milagro. No me extraña que la mitad del país esté *cucurreta* y en la otra mitad se cuenten los cuerdos con los dedos de una mano —remató, y a copular.

En la siguiente pausa, a las tantas de la madrugada, la conversación discurrió por otros derroteros.

—¿Y ahora qué? —dijo Roberto—. Lo primero, desde luego, plantear la cuestión en el periódico, a ver si llegamos a un acuerdo aceptable, nada de despedirme a la francesa, no confundamos las cosas, como el amigo Pepe. Con esto, el paro, los ahorrillos que tenemos y tu sueldo, no creo que tengamos que privarnos de nada durante

una temporada. Luego, Dios dirá; o sea, que tendré que buscarme un trabajo, porque ¿qué va a decir? Yo había pensado aceptar la plaza vacante de profesor de la que me han hablado, pero, amén de un pegote, sería un tremendo fracaso, porque ponerme yo a dar clases en la Facultad y quedarse esta sin alumnos sería todo uno. «Chicos, os habéis equivocado de carrera, a no ser que tengáis un estómago de acero o seáis unas perfectas alcahuetas», les diría el primer día, y adiós Madrid, que te quedas sin gente. Así pues...

—Dedícate a escribir, que es lo que te gusta y lo que mejor sabes hacer, no se hable más —le interrumpió la mujer, besándolo con dulzura.

—Pero, nena, ¿tú sabes lo que estás diciendo? —se escandalizó Roberto.

—Perfectamente: escribir, en España, significa no catar el jamón de Jabugo, o, si tienes éxito y te lo puedes permitir, que te siente como un tiro —resumió Paula sin dudar. Y ante el asombro de Roberto, que no lo hubiera definido de manera tan certera ni con la misma gracia, añadió—: Tú estás muy por encima de la envidia que despierta el éxito en este país, cuna de tantos y tantos ingenios a los que olvidó, cuando no crucificó y arruinó, y de las consecuencias que a todos los niveles acarrea llegar a un compromiso serio con la humanidad, tan necesitada de que alguien le abra los ojos y la ponga al corriente de lo que realmente sucede a su alrededor, que, por tantos y tantos motivos, no ve, ni le permiten ver. Tú puedes ser ese alguien, o abrir la puerta por la que penetren otros que, andando el tiempo, lo consigan. Teniéndome a mí, como me tienes, y suceda lo que suceda, siempre me tendrás, ¿qué más necesitas? Nada, salvo dar el paso, a lo que te animo. ¡Adelante, pues! Ponte a escribir. No malgastes tu vida, que puede llegar a ser tan importante para millones de seres anónimos como preciosa es para mí.

—¡Coño! —exclamó Roberto, por toda respuesta. Luego, recuperado de la sorpresa, dijo—: ¿Bromeas o hablas en serio?

—Muy en serio —respondió Paula sin titubear—. Enterrado el periódico, queda el periodista, un señor que tiene por oficio escribir. Dedícate a escribir, pues, hazme caso. Toma la pluma, y escribe lo que se te ocurra, sin dejar de tener presente lo antes dicho, el patio como está y tú el que eres. Frente a los inconvenientes que lo impidan, no estarás solo, contigo estaré yo. Y cuando tu ánimo flaquea, si flaquea,

antes de que te preguntes qué es de mí, por dónde ando o qué hago, me tendrás a tu lado, asiendo tu mano e infundiéndote aliento.

«¿Qué más quieres, Baldomero?», le faltó decir a Paula, que con tal de verlo escribir, como de repente se le ocurrió, estaba dispuesta a todo. No por el capricho de verlo escribir, sino por lo que podría escribir si se decidía a hacerlo. ¿Quién mejor que ella para saberlo? ¡Nadie! ¿O acaso se trataba de un extraño el señor con el que estaba en la cama, *marranadas* al margen? No, por cierto, sino al revés. Conociéndolo como lo conocía, pues, la ocurrencia no era ningún disparate, como el tiempo pondría de relieve si, lejos de achantarse o tirar por la acera de enfrente, pedía «¡Papel y pluma!», y, salvo «¡Chist!», en todo caso, exigiendo silencio alrededor, a continuación no añadía nada más, hasta dar de mano, acabado el primer volumen; el resto, a renglón seguido, cogido el gustillo y el tranquilo, y ¡la bomba! «Lo que hay, compadre. Espabila, si quieres salir de pobre, y si no, allá tú».

Roberto, de momento al menos, nada dijo, conmovido por las palabras con que Paula remató lo expresado, erre que erre con lo de escribir, y no lo primero que se le ocurriera, o lo primero que se le ocurriera, pero no por gusto, haciendo caso omiso de lo que les rodeaba: lo suyo, según ella, nada de «¿y ahora qué?»; a emborronar cuartillas contando lo que hay, y todos felices y contentos, sacudida la modorra. «Y lo que no es modorra y no hay terremoto que la sacuda, ¿qué?», pensaba él, a ella abrazado.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, chuche?

La sonrisa pintada en los labios, Roberto respondió:

—¡Qué claras tienes las cosas!

—¡Clarísimas!

—¡Cuán equivocada estás, sin embargo!

—¡No me digas!

Mejor informado, gracias no solo a su oficio, Roberto dijo:

—Por lo que respecta al diagnóstico, nada que objetar, dado que la cosa es grave, querida doctora. Ganas de recetar, en cambio, por lo que al remedio concierne. El enfermo, estamos de acuerdo, tiene muy mal color y presenta un aspecto deprimente. Pero ¿qué me dice del tufillo que despide? ¿Acaso ha perdido el olfato? ¡Lástima!, porque el síntoma más concluyente del estado del paciente no es otro. Y cuando la cosa apesta, malo, no hay nada que hacer. Ni siquiera

procede administrarle el único específico recomendable en casos de extrema gravedad: el viático. Cadáver, ¿para qué? Y para mí que lo que tenemos delante es un cadáver. Tóquelo, ya que el constipado no le permite olerlo. ¡Frío como un témpano! Si consigue que le oiga, ¡milagro! Inténtelo, por si suena la flauta, cosa que dudo, pero, en fin, si otros lo lograron, ¿por qué no usted?

Paula se partía de risa:

—Escribe. Y ten presente que mientras que alguien no exhala su último aliento, vive. Todo ser que respira, por tanto, está vivo. Y vivos, las cosas a las que somos sensibles son numerosas: las alegrías, las penas, el amor...

¡Al grano!, basta de cháchara entre *marranada* y *marranada* (¡qué vitalidad, por cierto!). Como no servía para otra cosa, y allá se las compusiera cada cual, gracias en particular al pellizco que cogió en el periódico, donde lamentaron sinceramente su salida y dejó muchos amigos honestos y honrados también pero prisioneros de las circunstancias (lo que somos en buena medida, al decir del filósofo), Roberto se dedicó a escribir, y un año y medio más tarde publicó un libro interesantísimo sobre los templarios, acerca de los que sabía lo que muy pocos. «Todo se andará», respondió Paula cuando los padres protestaron. «¿Y a esto es a lo que ha dedicado un año y medio de su vida el gran hombre?», rabiaba el padre. «Hija, pero si lo que ha escrito son historias de vieja, que a nadie le interesan», opinaba la madre, entre otras cosas, y ninguna favorable. El libro, sin embargo, se vendió como rosquillas, y entre pitos y flautas (traducciones, conferencias, reportajes, etc., no solo ventas), el flamante escritor obtuvo unos suculentos dividendos.

«¡Caray con Roberto!». “El chico no tiene un pelo de tonto, está claro”. “¿Un pelo de tonto dices y se está forrando? ¡Menudo regalo acaba de hacerle a Paula! Nada menos que un coche de ensueño y un chalet, con piscina y todo, y terreno para plantar las patatas que les dé la gana, con lo que les gusta a ellos fritas”, comentaban los suegros cuando publicó su segundo libro, cuyo éxito no se explicaban tampoco por hablar de cabo a rabo única y exclusivamente de los merovingios, el nombre de cuyos reyes les sonaban a chino. «¡A ver!, ¿quién coño era este tal Meroveo, fundador de la dinastía; o este otro, Clodoveo; o el tal Clotario, cuya vida y milagros ahora le interesa a todo bicho viviente? Contesta, tú que eres de Letras, que yo bastante

tengo con saber lo que pasa por la cabeza de mis pacientes”. “¿Pero cómo pretendes que te conteste, si no me acuerdo de lo que hice ayer? Lee el libro, del que tan satisfecha está Paula, y te enterarás”. “¿Que lo lea? ¿Que lea el libro dices y suspenda la lectura de las obras completas de Santa Teresa? Por favor, no me ofendas”. “Vale, pero eso no se lo digas a los chicos, porque, aunque Roberto dice que haces muy requetebién y que él haría otro tanto, supongo que en el fondo no le hace gracia”. “¿Eso dice Roberto? Me gusta, oye. Tal vez valga la pena suspender por unos días la lectura de *Castillo interior, o las Moradas*, con el que llevo luchando más tiempo de la cuenta, y leer algo de lo escrito por nuestro yerno. Por cierto, ¿te he dicho ya que Santa Teresa sufría una esquizofrenia de padre y muy señor mío? Un caso agudo donde los haya; más agudo incluso que el que aquejaba al Quijote, cuya demencia no llegó a los extremos que en el caso de la santa, a la que por fortuna le dio por lo que le dio, que si le da por lo mismo que al ilustre manchego, reduce a escombros la España de su época. Ten presente que la santa no fue un personaje de ficción, como el ingenioso hidalgo”. “Que Santa Teresa estaba como una chota me lo has dicho ya diez veces; eso hoy, que ayer, como no lo recuerdo...”», discutían, a propósito de ello.

En la presentación de *El enigma de los cátaros*, último trabajo de Roberto, este y Paula se encontraron con la sorpresa de su vida, que inmediatamente sedujo tanto o más a ella que a él.

«No obstante el relato pormenorizado de los hechos y los numerosos datos aportados en las setecientas y pico de páginas escritas, fruto de una exhaustiva investigación, la cruzada contra los cátaros y lo sucedido hasta la caída de Montsegur, que todo acabó, constituye un enigma. ¿Por qué?, o bien ¿cómo se explica?, es la pregunta que se hará el lector, horrorizado, capítulo tras capítulo, no bastándole, porque no basta ni se comprende con lo que sabemos. Las conclusiones puede que le saquen de dudas, pero no resuelven el enigma; otro más difícil de descifrar sucede a este, y de nuevo surge la pregunta: ¿por qué? La respuesta a la última de las interrogantes, que desvelaría el misterio que envuelve a la propia historia desde el comienzo de nuestra era, tal vez nunca la averigüemos y tengamos que contentarnos con los textos que se conservan y los datos recogidos indagando aquí y allá, suficientes, por lo que respecta a los cátaros, para adentrarnos en un reducto de paz, exento de maldad, y conocer los detalles

que rodearon a un capítulo execrable de la humanidad, que hasta consumarse el triunfo de la sinrazón, cuyo reinado aún perdura, una vez más, si bien como en ninguna otra etapa anterior, lloró lágrimas de sangre», concluyó el autor, en presencia de un nutrido grupo de representantes de la prensa, admiradores y público en general, que prorrumpieron en aplausos y se apresuraron a adquirir el libro.

Cuando todo parecía indicar que el acto y la firma de ejemplares tocaba a su fin, un lector rezagado, que sostenía el libro con ambas manos, se aproximó a Roberto, que gustosamente se brindó a dedicárselo, como no podía ser menos.

—¿Qué nombre pongo en la dedicatoria? —preguntó.

—Padre Francisco Ortega Pons, de la Compañía de Jesús —contestó el interesado.

Y cuando Roberto estaba enfrascado en la tarea de escribir las frases de rigor y estampar su firma al pie, el sacerdote añadió:

—Por cierto, mi querido y admirado autor, no hay tal enigma. Lo que hay es un desconocimiento del caso por su parte, fruto del secreto mejor guardado de la historia, que tal vez le interesaría, cuando menos, conocer.

Suspendida la firma a causa de la impresión recibida, Roberto miró alternativamente al sacerdote y a Paula, cuyo estupor no era menor. Impertérrito, en cambio, el sacerdote permanecía a la espera.

—¡Por supuesto que me interesa! —dijo el escritor saliendo de su asombro, y tornó a la tarea interrumpida, reanudándola con diligencia.

«Para el padre Francisco Ortega Pons, de la Compañía de Jesús, cuyas virtudes y cualidades son tales, que bastó una frase suya, pronunciada en este sencillo acto, para dejar perplejos al autor y a su esposa, y con quien deseo mantener una estrecha relación de amistad y colaboración, cuyos frutos arrojen luz sobre nuestro pasado, fundamento del presente», escribió Roberto, tachado lo redactado con anterioridad, y estampó su firma con un garabato.

El sacerdote sonrió, complacido con la dedicatoria, cuya lectura despachó de un vistazo, y, tras quedar en verse al día siguiente, se despidió del matrimonio con afecto y una cortesía esmerada.

Y este fue el comienzo de todo: una historia verídica (que no ficticia), como las historias que escribía Roberto, consciente de que la realidad no necesita recurrir a la imaginación para darse a cono-

cer, sino un balcón al que asomarse, de manera que cualquiera pueda contemplarla con sus propios ojos, y regocijarse o desengañarse. Una historia sorprendente, a la que vivía ajeno no solo Roberto, dado que en el mismo caso se encontraba todo autor fascinado por los enigmas y misterios del pasado, cuyas claves y secretos, no obstante sus desvelos, está lejos de poseer, existiendo, sin embargo, como existen. Y es que la herramienta de la que se sirve la luz para abrirse camino a través de las tinieblas, si ignoramos su paradero y los interesados en dar con ella buscan en el sitio equivocado, no es fácil de hallar.